

cia de las tres repúblicas bálticas (Lituania, Estonia y Letonia) y, finalmente, la propia desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Los acontecimientos de agosto de 1991 han pasado a la historia. Y para que la historia lo juzgue, Mijail Gorbachov ha escrito su versión de los hechos. El libro, que ahora presentamos, supone un punto y aparte en la evolución vital y política del antiguo dirigente comunista. Un testimonio de primera mano. Se comprueba la superchería de los golpistas, pero también su impericia. Para Gorbachov fue un golpe reaccionario contra la democracia (¿quiénes eran los reaccionarios?, ¿quiénes eran los demócratas?, que cada lector acomode las respuestas según sus preferencias, pero adviértase el uso indiscriminado que se hace del lenguaje). Lo que interesa es esto otro: «En aquella situación -afirma Gorbachov-, los conspiradores acometieron el intento de devolver el país al totalitarismo». Lo que confirma nuestra tesis según la cual la URSS era un régimen totalitario de izquierda (aunque se escriba derecha). Al mismo tiempo, Gorbachov ha sacado otras lecciones del golpe: lo que importa realmente -dirá el antiguo líder soviético- es la libertad y la democracia; el socialismo es sólo una parte de la ecuación democrática.

Las jornadas de agosto determinaron, además, una lectura crítica por parte de Gorbachov de toda la historia del pueblo soviético y, sobre todo, de la propia revolución de octubre: ésta no fue una auténtica revolución del *pueblo*, la perversión de los ideales de la revolución fue obra de J. Stalin, y toda la historia posterior no fue otra cosa que el desarrollo del modelo de Stalin. Gorbachov todavía pretende salvar a Lenin del «basurero» de la historia (término tan querido a Trostki y al propio Lenin), pero su juicio sobre la *gran* revolución deja a toda la camarilla bolchevique -incluido Lenin- a los pies de los caballos: «los resultados históricos de la revolución de Octubre no fueron aquellos con los que contaban las personas que hicieron la revolución». Si esto es así, podemos concluir que el experimento soviético, desde un primer momento, fracasó. Esa es la última lección que sacó Mijail Gorbachov de los tres días de agosto. Demasiado tarde.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

MANUEL CASTELLS, *LA NUEVA REVOLUCIÓN RUSA*, Madrid, Editorial Sistema, 1992 (145 pp.).

Antes de que el profesor Manuel Castells publicara el presente libro que ahora reseñamos, veníamos reflexionando sobre los cambios que se estaban produciendo en la antigua Unión Soviética en los últimos años y que podíamos calificar de *revolucionarios*; sobre todo, los acaecidos desde el fallido golpe de Estado de agosto de 1991 hasta la renuncia de Gorbachov al cargo del presidente de la URSS en la Navidad de 1991, que supuso, también, la desaparición oficial y formal del Estado soviético que fundara Lenin y consolidara Stalin.

Nuestra tesis, en consonancia con estudiosos del mundo soviético -por ejemplo y sin ir más lejos, con el profesor Castells-, se puede fundamentar de la siguiente manera: si hay que reservar el término *revolución* para las transformaciones realmente fundamentales, si consideramos el carácter general de las *revoluciones* como fenómeno de ruptura histórica y el poder del estado se destina a crear un nuevo marco y una nueva orientación para la sociedad en todos sus aspectos -incluidos el político y el económico-, y si todas estas condiciones se han dado en la ex Unión Soviética (entre agosto y diciembre de 1991 como decíamos), ¿por qué no acudir al concepto *revolución* como explicación final de lo ocurrido? Nuestra respuesta sólo puede ser afirmativa, y al proceder de tal manera -como procede el propio Manuel Castells en su libro- observamos cómo una nueva revolución ha terminado con la revolución que ejecutara Lenin y su partido (pretendida vanguardia del proletario) y que auspiciaran Marx y Engels hace casi ciento cincuenta años.

La nueva revolución rusa pretende explicarnos las causas de la crisis económica y social del sistema comunista soviético. Al mismo tiempo, analiza la *perestroika* de Gorbachov como intento fallido de superación de la crisis antes mencionada. En otro orden de cosas, Castells estudia el *movimiento político democrático* que surge del fracaso de las reformas y que aspira a la ruptura del sistema comunista que se ha quedado sin contenido y presto a caer como cáscara muerta; el nuevo movimiento político se presenta como nacionalista. Otro gran apartado del libro se refiere a la gestación, desarrollo y fracaso del golpe de Estado de agosto de 1991, que vino motivado, entre otras cosas, por el fracaso de la *perestroika* -lo nuevo- y la certidumbre de la vanguardia del partido comunista (los ejecutores del golpe) de que lo antiguo estaba a punto de dejar de existir y que era necesario volver a la ortodoxia y a los tiempos anteriores a 1985. Por último, el libro se refiere a los sucesos posteriores a la desarticulación del golpe de Estado y que supondrán la nueva revolución que acabó con el comunismo y con la desintegración de la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas después de casi setenta años de existencia.

En cuanto a la crisis del comunismo, que el autor considera que ha tomado cuerpo en la década de los años setenta y ochenta, y que se hace reconocible por el fracaso económico, se llega a la conclusión de que el sistema fue «una terrible realidad para quienes lo vivieron y una fantasmagoría para quienes tuvimos la fortuna de no sufrirlo».

La crisis no la puede frenar la *perestroika*, «utopía póstuma del comunismo» por sus propias contradicciones de nacimiento: la reforma del sistema desde dentro. El cambio reconstructor puso fin a la política de *soberanía limitada* en los países del Este, raptados después de la Segunda Guerra Mundial, porque se creía que, desde la libertad, estos países abrazarían voluntariamente el socialismo de raíz marxista-leninista: el resultado obtenido demostró lo ingenuo del planteamiento. El cambio reconstructor en la economía produjo la desarticulación del sistema de planificación y no logró llenar las despensas de la población. Y, por último, el camino hacia la liberalización y la democratización del sistema, presevando dicho sistema, quedó truncado por la inviabilidad de la convivencia de las partes: y es que la libertad y la

democracia no pueden ser adjetivadas; ¿qué es la democracia socialista o el socialismo democrático? Decíamos la reforma del sistema desde dentro pero sin cambiar de sistema, ahí estuvo el fallo: la utopía ocupó el lugar del pragmatismo.

Ante el fracaso de la *perestroika*, la vanguardia del Partido Comunista de la Unión Soviética pretendió acabar con las contradicciones de la reforma, pero la impericia de los golpistas y la oposición de los nuevos dirigentes rusos supuso el fin del comunismo y la desintegración de la Unión, estos hechos *revolucionarios* «han abierto una nueva era en la política mundial y en la dinámica de todas las sociedades, incluida la nuestra (...). A través de las sombras que todavía proyecta sobre Rusia el crepúsculo del comunismo despuntan los destellos de una incierta esperanza». Y ello a pesar de Lenin y sus epígonos.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)